

# 38, Ipswich Terrace

La casa de los Hook degenera en pesadilla tras la muerte de su única habitante adulta



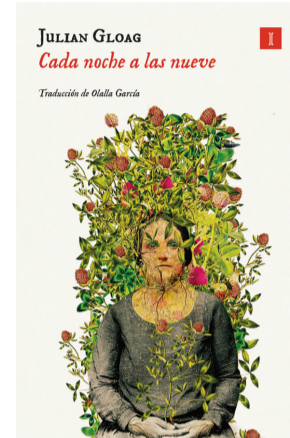
Julian Gloag (1930- 2023), hasta ahora inédito en España

La opresiva y barroca obra de este inquietante *thriller* psicológico nos presenta a los siete hermanos Hook en el momento exacto en el que descubren que Madre ha muerto y están solos en el mundo. Refuerza el efecto dramático el reloj de Madre, que ha debido

caérsele en el último momento y descansa en el suelo, roto, señalando ya para siempre la hora fatal.

Con el orfanato como única alternativa, deciden enterrarla en el jardín y organizarse para que nadie note su falta. Ante los entrometidos fingen que sigue

enferma; van a la escuela; falsifican su firma para cobrar los cheques... Pero no por haber perdido de golpe la inocencia dejan de ser niños. A veces un poco perversos. Y al profundo trauma hay que añadirle el fanatismo religioso que han heredado de Madre.



Del excitado alboroto se pasa a desórdenes más serios, y enseñada se hace evidente que la falta de supervisión de un adulto amenaza con abolir la civilización, devolver a los Hook a un estado semisalvaje: "A Hubert le pareció que, tan solo una hora antes, Gerty no se hubiera atrevido a insistirle así a Elsa. Nadie, ni siquiera Dunstan, había desafiado nunca la autoridad de la mayor. Pero ahora las cosas eran distintas, y Hubert supo instintivamente que los demás se le echarían encima como lobos al menor signo de debilidad".

Se revelan sordideces y ocurren hechos graves que es mejor

no desvelar hasta que los Hook empiezan a comprender. Y el ritmo, que no es precisamente vertiginoso, contribuye a instalar la trama en una crispada calma. Potenciada porque fuera de foco, sin que el lector llegue a "verlo", a la alegre pandilla de la casa desolada le da por jugar al espiritismo, montar aparatosos aquelares en los que se comunican con Madre.

La paranoia y la sensación de claustrofobia aumentan –"últimamente parecía que la diferencia entre lo justo y lo injusto no importaba"– hasta que el 38 de Ipswich Terrace está a un paso de convertirse en la versión doméstica de *El señor de las moscas*. Y sí, el frágil orden acaba saltando por los aires, pero lo hace por el lado inesperado, con la aparición (esta muy real) de un intrigante que asegura ser "el marido de Vi".

Publicada en 1963 y rápidamente adaptada al cine, *Cada noche a las nueve* sigue la estela filosófica del clásico de Golding. Desde su editorial, Impedimenta, nos lo venden como "el libro por el que Julian Gloag se labró la reputación de maestro de lo macabro".

Miguel Artaza

## Serie B

Un completo muestrario de narrativa de terror con todas las variedades imaginables: 'slasher', paranormal, 'folk horror', 'gore'...

Pese al entusiasmo de algunos defensores ilustres (Borges, Savater...) por lo general la intelectualidad más pedante y letraherida sigue mirando un poco por encima del hombro a la narrativa gótica o de terror. Excluyéndola de lo que se considera alta cultura, apartándola como género menor, literatura "popular". Y sin embargo hay algo arquetípico, atávico, intemporal en una buena historia de miedo.

Attila Veres, que además de a la escritura se dedica al cine, bebe de las películas setenteras de Wes Craven o John Carpenter y en sus cuentos nos ofrece una interesante mezcla de imaginación y perversidad que lo sitúa en la órbita de esos (y algunos otros) maestros del horror de la vieja escuela. Su último libro, *Negro tal vez*, editado por Sexto Piso, es un cajón de sastre en el que cabe casi cualquier variante imaginable



del género: terror psicológico, cósmico, paranormal, *slasher*, *folk horror*, *weird*...

Una docena de relatos de corte diferente pero siempre con un trasfondo tenebroso y minuciosamente concebidos para ponernos a temblar. La colección arranca con *Morder a un perro*, un extraño caso de licantropía

inversa que acaba trastocando las dinámicas de pareja de su protagonista. Un poco más adelante encontramos una macabra revisión del Génesis en la que se recrea la concepción y el nacimiento de una criatura lovecraftiana.

Veres explota elementos que, de algún modo, resuenan en el inconsciente colectivo, como ese muñeco no diabólico pero sí bastante atravesado que, como rito de paso, obliga a su jovencísimo dueño a familiarizarse con la muerte. En uno de los más logrados, un enólogo experimental ofrece a sus amigos una lisérgica degustación de impredecibles "caldos". Quizá el más perturbador, *Retorno a la escuela de la medianoche*, transcurre en una comunidad rural parecida a la de *La lotería*, el cuento de Shirley Jackson. Empieza así: "Vivo en un pueblo en el que las mujeres normalmente dan a luz en una fosa".



Attila Veres, finalista del premio Bram Stoker en 2022

Alguno roza la fantasía *steam punk*, pero la mayoría tira por lo truculento, lo escabroso, como ese que transcurre en un hotel mucho más terrorífico que el de *El resplandor*. Veres también incurre en el *gore*: sangre a borbotones y vísceras fuera de sitio, un poco como

una sesión de acupuntura practicada por Vlad el Empalador. Por lo demás, ya saben, espectacularidad, sobresalto, escalofrío... Un festín para esa clase de lector masoquista que disfruta padeciendo.

M. A.